



Una Novena de Adviento
para Nuestros Sacerdotes

Oración introductoria:

Padre Celestial, de quien se da toda paternidad, Te alabo y te agradezco por el don del sacerdocio y por los hombres especiales a los que has llamado a ser sacerdotes según tu propio corazón. Concédeme el valor para descubrir la belleza de la Adoración pasando un tiempo considerable en tu Presencia Real.

No me permitas temer el Silencio sino encontrar tu voz en él, aumentando mi resolución de permanecer fiel a tus mandamientos y fortaleciéndome para apoyar y ayudar mejor a mis sacerdotes. Perdóneme por los momentos en que no he brindado el apoyo físico, fraternal o espiritual que necesitaban sus sacerdotes. Resuelvo unirme cada vez más a Jesucristo en los Sacramentos, especialmente la confesión y la comunión y fortalecido con estas armas, asumir los deberes propios de mi estado de vida para proteger y defender a todos los que amo, a mi familia, la Fe y la Iglesia por el amor de Jesucristo que dio su vida por mí.

DÍA UNO

Padre Celestial, **equípame para la batalla** que me pides que pelee. Dame las armas de la fe, la esperanza y el amor, y los dones y frutos del Espíritu Santo para que pueda luchar, no como yo quisiera, sino como me necesitas: para la mayor gloria de Dios, tu Iglesia y el sacerdocio. Muéstrame dónde se esconde el enemigo tanto dentro de mí como a mi alrededor para que, a través de los sacramentos de la confesión y la eucaristía, él pueda ser derrotado y yo pueda ser liberado y fortalecido para ayudar a otros, especialmente a sus sacerdotes.

DÍA DOS

Padre Celestial, **entréname para ver con nuevos ojos** a tu Hijo Jesucristo en cada sacerdote. Perdóneme las muchas veces que mi visión limitada se detuvo en el hombre y lo juzgó con dureza sin considerar el peso de su cruz. Dame la fuerza de Simeón para saltar a la refriega y ayudar a los sacerdotes a levantar sus cruces para que sepan que no necesitan viajar al Calvario solos. Los sacerdotes tendrán mi apoyo en cada paso del camino. Los defenderé.

DÍA TRES

Padre Celestial, **sintoniza mis oídos** para escuchar mejor los silenciosos llamados de ayuda hechos por tus sacerdotes. Que lleguen a confiar en mí, y que yo sea digno de esa confianza, y no dude en pedir apoyo cuando la marea de la batalla se vuelva contra ellos. Un buen soldado puede leer las órdenes de su capitán en sus ojos sin una palabra. Hazme un soldado de Cristo atento y confiable.

DÍA CUATRO

Padre Celestial, **limpia mi paladar** de todo lo que es profano e inmundado y lleno de quejas sobre los sacerdotes. Dame palabras para construir en lugar de derribar. El habla respetuosa puede sofocar el cáncer de chismes y rumores antes de viajar para destruir la unidad y la caridad. Nunca dejes que me acobarde ante la acusación de una sirvienta por un fuego de carbón que me lleva a negar a Jesucristo y cualquier verdad de su Iglesia. Cuando la burla o la calumnia son fáciles, dame la fuerza para ser tuyo y defender a mis sacerdotes y al sacerdocio.

DÍA CINCO

Padre Celestial, **fortalece mis manos** para alcanzar solo lo que es verdaderamente santo. Endurece los callos y no permitas que rechace el trabajo forzado, la piel raspada y las uñas sucias si estoy trabajando para el Señor y solo para el Señor. Haz que mis dedos nunca se extiendan hacia la seducción del mal, sino que se aprieten mis puños para luchar directamente contra él con golpes decisivos y precisos. Pero haga que estas mismas manos fuertes estén siempre alertas para extender la ayuda a mis sacerdotes en el momento en que la necesiten. Perdóneme por los tiempos en que me he negado a ayudar a cualquier sacerdote (ya sea con trabajo o con una oferta de caridad fraterna) en el pasado.

DÍA SEIS

Padre celestial, **haz que mis piernas sean ágiles** al servicio de la Iglesia. Permítame soportar con mucho vigor un largo camino hacia el Calvario junto con mis sacerdotes, ansiosos por ser de cualquier servicio que necesiten, especialmente cuando su energía y fuerza están gravadas más allá del límite y aún deben trabajar sin cesar. Haz que no duden en dar un paso adelante y adentrarme en cualquier incursión que lleven a cabo mis sacerdotes para la salvación de las almas.

DÍA SEITE

Padre Celestial, en todos estos regalos que me das, te pido que **me permitas ser el guerrero espiritual y el líder que deseas**, cumpliendo los roles que le pides a cada hombre que sea sacerdote, profeta y rey para que pueda ser un multiplicador de fuerzas en mi esfera de influencia. Hazme testigo del Evangelio como discípulo reconocible de Cristo en el hogar, el trabajo, la parroquia y la Iglesia. En esta estación del año, cuando la Iglesia espera con anhelo la llegada del Salvador, manifiesta claramente todas las formas concretas en que puedo ayudar y asistir a mis sacerdotes para que puedan dar más frutos en las almas de muchos.

DÍA OCHO

Padre Celestial, a algunos les has concedido el don de **la paternidad biológica**, permitiéndoles experimentar la primera vez que sostienen a su infante indefenso en sus brazos el deseo **crudo y feroz de proteger esa inocencia de cualquier daño**. Tal reacción, incluso expresada con delicadeza, es precisamente la forma en que diseñaste a los hombres humanos. Perfeccione este rasgo dentro de mí a un nuevo nivel espiritual en el que estaré dispuesto a sacrificar cualquier cosa en lugar de permitir que el daño llegue a los inocentes. Ayúdame a ver la paternidad espiritual en mi sacerdote y su deseo de sacrificarse para salvar almas, y hágale saber que estoy listo para ayudar.

DÍA NUEVE

Padre Celestial, a algunos les has concedido el don de **la paternidad espiritual**, Permitiéndoles experimentar la primera vez que absolvieron los pecados o consagró la hostia su increíble pero tierna condescendencia al desear que los hombres sean sus humildes instrumentos. Siendo meros hombres, como yo, caerán. Resuelvo ayudarles a levantarse. Ayúdame a imitar su sentido de reverencia y admiración de la Eucaristía y crecer en mi deseo de **defender y proteger** este Sacramento de Sacramentos en la Iglesia.

Este Adviento muéstrame cómo esperar, así como San José esperaba con María la llegada de Jesús. No se sentó pasivamente a un lado y permitió que los eventos se desarrollaran con indiferencia. Miró sus responsabilidades hacia su esposa e hijo como lo haría un hombre de Dios. Buscó refugio y aseguró su protección. Su vida espiritual era santa y sana, permitiéndole responder de inmediato a las indicaciones del ángel en tiempos de persecución y peligro: ¡Protege a la esposa, protege al bebé, escucha al ángel y haz tu trabajo!



Sugerencias para acompañar la novena

- + Ve a la adoración, confiesa, reza el rosario como un hombre
- + Libera al sacerdote para que pueda atender lo que realmente importa: las cosas que solo los hombres ordenados pueden hacer
- + Haga el propósito de comprometerse a crecer personalmente en su fe católica.

